MÉJICO Y EUROPA.

Paris, 30 Mayo 1862.

Paréceme que no estara demas reproducir aquí algunos extractos de una Memoria que tuve la honra de presentar, hace mas de quince años, al gobierno de S. M. Británica y al rey Luis Felipe, el cual se dignó tomarla en séria consideracion; pero el grave suceso de los matrimonios españoles vino inopinadamente á frustrar por aquella vez mis mas legítimas esperanzas.

Entónces, como ahora, se trataba de un Archiduque de Austria.

La lectura de esta Memoria servirá, ante todo, para probar, despues del artículo ya citado del *Diario de los Debates*, de 12 de Setiembre de 1842, que la importante cuestion que se agita en este momento no es de fecha reciente, ó, lo que es lo mismo, no es una cosa

TIMBRE IMPERIAL 6 SEINE 6 cen.

improvisada; solo que habiendo llegado á adquirir, como era inevitable, una extremada gravedad, la Europa no ha podido negarse á tendernos una mano amiga, ni aun demorar por mas tiempo el hacerlo así, en su propio interes.

MÉJICO Y EUROPA.

(Imprenta Appert; Paris, 1847.)

. . . . . El 5 de Diciembre de 1844, estalló un pronunciamiento en la capital. Su triunfo fué completo.

Inútil seria insistir sobre hechos generalmente conocidos. El general Santa Ana fué derribado. . . . ., y se formó una nueva administracion bajo la presidencia del general Herrera.

Desde su orígen, aquella administracion demostró una debilidad que debia necesariamente arrastrarla á su pérdida. Llamada á consolidar el sistema de centralizacion que, desde 1836, habia sucedido al federalismo, se arredró en vista del ardor con que los federalistas atacaban sus actos, y hasta tal punto contemporizó con los hombres influyentes de aquel partido, que no tardó en encontrarse arrollada y en la incapacidad de resistir á sus pretensiones.

Miéntras que de esta suerte cedia, sin probar

siquiera á resistir, el antiguo partido monárquico, que se habia visto forzado á refundirse en el partido centralista, despues de la caída de Itúrbide y que, á decir verdad, se habia resignado de muy buena fe al sistema republicano, con la esperanza sin duda de que el país podria organizarse de una manera estable bajo el imperio de aquel sistema, creyó deber salir por fin de su prolongado letargo. Los individuos dispersos de aquel partido se reunieron, y, una vez puestos de acuerdo entre sí, juzgaron que era llegado el momento en que sus votos podrian definitivamente realizarse. Era preciso darse prisa para ganar por la mano á los federalistas : estalló una nueva revolucion, y el general Parédes, unido al partido monárquico, fué su instrumento activo, logrando ponerse á la cabeza del gobierno que reemplazó al del general Herrera. El manifiesto que publicó el nuevo jefe de la República no dejó duda ninguna acerca de sus intenciones : aunque dejando á una asamblea constituyente la facultad de determinar la forma de gobierno que debia regir el país en lo sucesivo, aquel manifiesto indicaba claramente que solo la forma monárquica podia libertarle de la anarquía, y

asegurarle, con la paz que le es tan necesaria, la prosperidad cuyos elementos posee en tan alto grado.

Méjico tenia desde aquel momento un deber que cumplir, como miembro de la gran familia de las naciones ; pero no podia cumplirle sin la cooperacion de los gobiernos extranjeros, y de aquí nacia para la Europa un deber tambien, y ademas la necesidad de acudir en auxilio de Méjico.

Declarado ya resueltamente el partido monárquico, fundó un periódico, publicó sus deseos y sus miras, haciendo en poco tiempo grandes progresos. Compuesto de los hombres mas respetables por su posicion social, de la generalidad del clero y de los ciudadanos instruidos por la experiencia de lo pasado, aquel partido queria unirse á la Europa con un vínculo que le ofreciese garantías para lo futuro, lisonjeándose con la esperanza de obtener fácilmente por soberano un vástago de alguna de las grandes casas reinantes, esperanza que un interes recíproco parecia justificar. Consolidar las instituciones sociales en Méjico, era consolidar las relaciones mercantiles entre el antiguo y el nuevo mundo ; era dar garantías á los

cuantiosos capitales comprometidos en las minas de aquel país; era, en una palabra, poner un término á las revoluciones tan fatales en las transacciones lejanas; era, por último, cerrar la puerta á los abusos que ocasionaban tan frecuentes debates entre las potencias extranjeras y los efímeros gobiernos cuyo yugo soportaba periódicamente la República mejicana.

Pero el partido monárquico no podia hacer por sí solo aquella trasformacion; necesitaba el concurso de Europa, y todo parecia preparado para el triunfo de una benévola y amistosa intervencion. La crísis que acababa de encumbrar á Parédes habia sido mucho tiempo vivamente deseada por todos los amigos de los principios reparadores, tanto en política como en religion. Todos estaban convencidos de que el ejemplo de Méjico ejerceria una inmensa influencia, y que, al cabo de veinticinco años de anarquía, el establecimiento de una monarquía independiente en la antigua patria de los Aztecas seria seguido de. . . . .

. . . . . .

El sentimiento monárquico, largo tiempo comprimido en su corazon, habia estallado por fin. No pudiendo resignarse á la triste per-

suasion de que la sociedad que debia servir de modelo á la América estuviese predestinada á perecer miserablemente, cuando acababa apénas de nacer, aquellos amigos de la humanidad volvian sus miradas suplicantes hácia el Oriente, pidiéndole auxilio y diciéndole: « Apresuraos; la hora es propicia; vuestro « propio interes os convida á aprovecharla, « interes político, interes mercantil, interes de « principios, de moralidad, interes de huma- « nidad; venid, y lo encontraréis todo prepa- « rado para el triunfo de esa noble empresa. »

El Mejicano que anhelaba el bien de su país dirigia con fervor este llamamiento á la Europa.

Comprendia por fin que el tiempo urgia; duro le era sin duda confesar que no podia libertarse, sin el apoyo de la Europa, del principio disolvente que devoraba la existencia de su patria; pero la verdad hablaba mas alto que la vanidad, y era forzoso hacer esa confesion. Méjico se hallaba reducido, por su debilidad, á reflejar la forma de gobierno de la potencia que aspiraba á absorberle, si los soberanos europeos no le prestaban su apoyo, y pedia que le salvasen de un vecino cuyo espíritu invasor no reconoce límites, que parece resuelto á eri-